

4. LA SEMILLA DE MOSTAZA

"Otra parábola les refirió, diciendo: El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza, que un hombre tomó y sembró en su campo; el cual a la verdad es la más pequeña de todas las semillas; pero cuando ha crecido, es la mayor de las hortalizas, y se hace árbol, de tal manera que vienen las aves del cielo y hacen nidos en sus ramas" (Mt 13,31-32).

En Oriente, abundan las diversas clases de mostaza, una planta, que crece muy rápidamente, llega a alcanzar un tamaño muy grande (más de veinte pies) tres o cuatro metros, se hace leñosa en su base y se posan los pájaros en sus ramas: pero su semilla es muy pequeña, de ahí que los hebreos en los tiempos de Jesucristo tenían un dicho: "Pequeño como un grano de mostaza".

Esta comparación del Reino de Dios con la semilla de mostaza se comprobó en la práctica sobre la velocidad con la cual se propagó la Iglesia entre los gentiles con su rápido crecimiento. Para el resto del mundo, la Iglesia era una organización religiosa imperceptible, representada por un pequeño grupo de pescadores galileos de poca preparación intelectual. Luego, se extendió durante dos siglos por todos aquellos países, desde la Escitia salvaje, hasta la calurosa África y de la lejana Bretaña, hasta la misteriosa India. La gente de diferentes razas, lenguas y culturas, recibía con la Iglesia la salvación espiritual, igual que los pájaros que encuentran refugio entre las ramas.

Lo más significativo de esta parábola de la semilla de mostaza, así como en la de la levadura, se encuentra en el contraste existente entre la situación inicial y el resultado final. Un grano de mostaza, semilla ínfima, puede hacer surgir un árbol alto y grande, y lo mismo ocurre con la levadura que puede hacer fermentar una gran cantidad de masa. Jesucristo por medio de estas comparaciones expresa la presencia del Reino, que está en trance de venir, que ya se inicia, que está empezando a llegar, ahora su presencia, su apariencia, es germinal, como una semilla y como la levadura, algo insignificante, pero lleva dentro de sí una fuerza transformadora, que ha empezado ya a cobrar vigencia en la historia y va a crecer de una manera imparable y continua con consistencia real, y se hará grande y universal.

La gracia de Dios, semilla invisible de mostaza y de levadura contiene en sí una fuerza incalculable, la energía consistente que la hace poderosa y magnífica, de modo que esta gracia es lo más valioso que el hombre encuentra y desea recibir: El árbol frondoso, el tesoro escondido en el campo o la cosecha copiosa. Es la transfiguración del alma que sucede de una forma gradual y muchas veces invisible de la que la historia humana está plagada y repleta de ejemplos edificantes. El tiempo de la Iglesia será de desarrollo y crecimiento de lo traído y sembrado por Jesús; sólo al final de los tiempos lucirá todo su esplendor, se desplegarán todas la virtualidades del Reino de Dios. El Reino no es una realidad pasiva, sino que requiere y contiene un progreso en el bien y en la magnificencia.

Por esto, Jesucristo invita a los discípulos a que tengan paciencia, que no desesperen y tengan ánimo: la esperanza debe ser el gran faro y sostén de los creyentes que viven en cada momento histórico concreto. Es bien conocida la fuerza de la esperanza en los hombres. En este caso, se dice que la meta no es una utopía, sino que el Reino de paz, amor, justicia y libertad es realizable por especial querer de Dios. Al final se alcanzará un progreso sorprendente.

Con esta serie de parábolas, el Maestro explica y demuestra que Dios hace crecer lo pequeño e insignificante para obtener efectos grandiosos y maravillosos; la vida hay que hacerla grande siguiendo la enseñanza del Evangelio, cumpliendo sus mandatos y estando siempre al servicio de la honra y gloria de Cristo, y de los hermanos pequeños que tenemos alrededor. El crecimiento personal del cristiano ha de tener un desarrollo semejante al grano de mostaza en el Mandamiento del Amor: "Que os améis unos a otros".

El Reino se hace presente en las palabras y signos de Jesucristo y se hace y hará presente a pesar del rechazo de los fariseos y de todos los que desprecian su mensaje. Jesús

vino a salvar no a condenar, mientras llega el momento final hay tiempo para la conversión y la misericordia.

Camilo Valverde Mudarra

